

Ellos

A gran velocidad, muerta de pánico, segregando adrenalina iba yo corriendo, siendo arrastrada por la gran fuerza que el terror ejercía sobre ella. -Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué corremos?- Ella no respondía y me seguía arrastrando rauda y veloz por la poblada calle principal de Las Navas del Marqués. Íbamos sin mirar, no esquivábamos ni objetos ni personas. La gente se agitaba y nos gritaba: “¡Parad! ¿Qué hacéis? ¿Estáis locas?” Pero ella seguía corriendo, me hacía daño en la mano y por mucho en que yo insistiera en parar, el miedo la hacía acelerar. -¡Mamá para! ¡Me haces daño! Si no me explicas qué pasa te haré parar.- Pero por mucho que yo insistiera ella corría cada vez más deprisa y, aunque yo intentaba frenarla, ella me arrastraba con la fuerza de cien caballos. Estaba realmente aterrada, lo veía en sus ojos. Arrollamos el puesto de la fruta de los Jordanos preparando un estropicio considerable, giramos para cruzar la carretera y entre voces, frenazos de coche y ruidos de claxon, en menos de una milésima de segundo llegamos al portal de casa donde me empujó con fuerza adentro y lo cerró con llave. No conforme con esto, subió las escaleras aún con los incesantes tirones de mano, la cual yo ya apenas sentía, y dentro de casa cerró la puerta a cal y canto. -Mamá, ¿qué ha pasado? ¿Por qué corríamos?- Pregunté sofocada. Me miró, estaba pálida y tenía los ojos rojos e inundados, con las pupilas tan dilatadas que parecía que hubiera visto un fantasma. -Ellos, ¡eran ellos otra vez!.- Respondió con el poco aliento que le quedaba, a lo que yo furiosa respondí: -¿Otra vez? ¡Estoy harta! ¡Ya es la tercera vez esta semana mamá! ¡Para ya, por favor! Consigues asustarme. Además, sabes que no son reales, te lo dijo la doctora, no existen, son un producto de tu imaginación...- Tras un silencio solamente irrumpido por el constante jadeo con el que intentábamos recuperar el aliento añadí con un tono muy serio: -Están siendo demasiado frecuentes estos ataques, llamaré al centro.- Enseguida ella me agarró fuertemente para intentar impedirlo: -¡No llares! Tienes que creerme hija, ¡Tienes que creerme! Vienen a por mí, quieren saber...- Elevando el tono la interrumpí: -¡Nada! No quieren nada, y tampoco quieren saber nada porque no existen. Se acabó, voy a llamar.-

La espera se hizo eterna con las constantes súplicas de mi madre que decía que debía crearla, que no estaba loca y que no quería volver al hospital psiquiátrico. Por fin llegaron a recogerla y, aunque no fue fácil conseguirlo, finalmente pudieron llevársela. Yo fui después a llevar sus cosas y a despedirme de ella, ya que probablemente esta vez estaría allí más tiempo que las otras veces, y antes de irme en susurros y muy nerviosa me dijo: -Ten cuidado hija, ahora saben dónde vivimos. Cierra la puerta con llave y no abras a nadie. Hay un arma escondido en el armario de la habitación, no dudes en utilizarlo.- En tono casi burlón contesté: -Que sí mamá...- Le di un beso y me fui. Aunque ante mi madre mostraba únicamente apariencia de enfado, mientras salía del hospital unos profundos sentimiento de compasión, pena e incluso culpabilidad rondaban por mi cabeza, eso sin contar la desconcertante y sobrecogedora sorpresa que para mí supuso saber que en mi propia casa había un arma escondida en alguna parte...

Salí por la puerta del hospital concentrada en aquellos pensamientos que incasables daban vueltas por mi aturdido cráneo. De repente miré a la izquierda de la calle y los vi. Eran ellos, no los había visto nunca pero sabía que eran ellos. Sin pensarlo dos veces eché a correr como alma que lleva el diablo...

"Flipper"

Julio 2014, Las Navas del Marqués (Ávila)